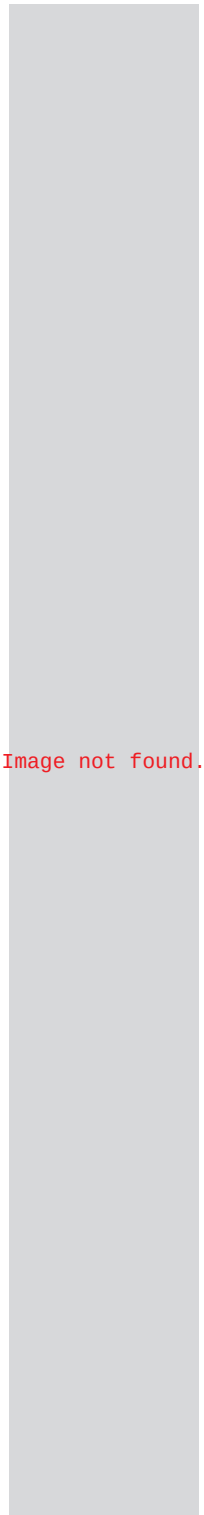
A las seis en la estación.

Danny Asecas



Capítulo 1

A LAS SEIS EN LA ESTACIÓN

Otro día más, la monotonía no se cansaba de cruzarse en mi camino. Odiar con toda mi alma el maldito despertador, ducha, desayuno, y, como siempre, vuelta a mi adorable y encantador trabajo, desde mi más sincera ironía. Lo único que me alegraba un poco el día era entrar y verlo a él, sentado en su mesa de oficina, con su traje perfectamente colocado y su amable sonrisa acompañando sus esperados buenos días.

No podía disimular mi cara de idiota cada vez que me cruzaba con él en cualquier parte, supongo que es lo que pasa cuando encuentras a alguien impresionante por fuera, pero más aún por dentro. Claro que todo tenía su parte negativa, y es que los chicos como ese no suelen fijarse en chicas del montón como yo, y digo del montón por eso de que hay que quererse a uno mismo.

Por desgracia, su mesa estaba bastante lejos de la mía, yo estaba acompañada por el típico baboso que intenta piropearte machacando tus valores, sin darse cuenta, y al final termina dándote grima y pereza hasta escucharle respirar. Ése que, sin decirme nada, lleva dejándome a escondidas un ramo de flores todos los viernes, aprovechándose de que soy la última tonta en salir del trabajo. Y, pese a sus intentos fallidos de hacer como si no me diera cuenta, sé que es cosa suya.

¿Nunca habéis sentido la necesidad de hacer una estupidez, aún sabiendo que saldrá peor que mal? Pues bien, ese era mi día. Después de semanas, en realidad meses, había decidido pedirle una cita al él, al chico perfecto. Sabía que diría que no, pero tenía que aprovechar el único momento de coraje en toda mi vida. Estuve toda la mañana y toda tarde pensando en ello, dándole vueltas, hasta que, por obra del destino, al final del día nos quedamos solos. Me dirigí hacia él, justo cuando estaba a punto de despedirse, y fui directa al grano:

—¿Te gustaría quedar algún día para tomar algo? —dije nerviosa.

—Vaya, por fin. Sí que has tardado en preguntar —sonrió.

—Pensé que no te fijarías en alguien como yo.

—¿En serio? ¿Después de tantos ramos de flores?

—¿Ramos de flores? Pero yo pensé que… —apenas pude terminar la frase.

—Da igual, no digas nada. ¿Mañana? ¿A las seis en la estación? —preguntó.

—Mañana. A las seis en la estación. —respondí.